

D. JOSÉ PLANA Y DORCA

Presidente de la Rama de Barcelona.

† el 6 de Diciembre de 1913.

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

El Sendero de la Iniciación y el perfeccionamiento del Hombre.

V

El Cristo triunfante y La obra de la Jerarquía.

Conclusión (1)

La última de una serie de cinco conferencias, dadas en Queen's Hall, en la mañana del 30 de Marzo de 1912, por Mrs. Annie Besant.

Todas las grandes civilizaciones del pasado han sido construídas sobre la unidad de la familia. Se declaró en la India que el hombre no se considera por sí solo, sino como el hombre, la mujer y el hijo. Por tanto, si miráis retrospectivamente en todas aquellas civilizaciones antiguas, veréis que el individuo es nada, comparativamente, es la familia la fundación del Estado, edificado sobre esa base, y asimismo sus derechos civiles, muestras de elevadísima moralidad. En la nueva edad, la nota dominante es la del individuo, no la de la familia; el valor del individuo; la necesidad de formar a éste; la idea de un sér humano permaneciendo sólo el tiempo necesario para aprender fortaleza y propia confianza, comprendiendo aquella idea todo lo necesario para su completo desarrollo: el entenebrecimiento de la idea de la reencarnación, la substitución de ésta por la idea de un cielo sempi-

(1) Véase el número anterior, pág. 573.

terno y de un infierno perdurable, y nacido todo ello de un sentido restringido de la importancia de la vida presente, del valor del alma individual que debió, en primer término, infundir la Cristiandad en la mente del mundo, significativo todo ello de lucha, conflictos, tal vez caos, algo muy próximo a la anarquía; empero sin ello, el futuro mundo hubiera sido imposible. A menos que la piedra fuera cortada de la cantera, á menos que se hubiese oreado por algún tiempo, labrada luego en forma, modelada en su necesaria apariencia, pulida; hasta que eso estuviese hecho, y las piedras individuales estuviesen dispuestas, no hubiera sido posible levantar el gran templo de una universal fraternidad. Tosca es la obra del cincel y el mallete; llena está la cantera de polvo, confusión y clamoreo; pero a pesar del polvo y el clamor, a pesar de los barrenos y del picapedreo, la piedra se llega a pulir por potentes individuos, y resulta adecuada para formar el conjunto del edificio, a propósito para hermanarse con otras y formar una poderosa fraternidad. Debéis, pues, formar vuestros hermanos antes que vuestra fraternidad sea formada. Este pasado luctuoso de individualismo fué un requisito necesario para formar una raza más poderosa y más feliz.

Por eso, en medio de todos aquellos choques de individualismo, en medio de todo aquel caos de lucha de clases, hombres y mujeres advierten que el Cristo lanzó otra nota, perdida en los primeros tiempos, pero que en los actuales compele a todos, dominándolos. Esta nota fué la enseñanza de que aquel que es grande no debe considerarse exento del deber de servir, que la fortaleza perfecta significa sujetarse al servicio de los demás, que la medida del poder es la medida del deber, que los que están más altos deben ser los que ayuden a todos. En el Cristianismo, la nota del propio sacrificio ha vibrado como no lo ha hecho en ninguna de las grandes religiones de la tierra, y mientras al principio observáis el choque de los individuos, notaréis que es sólo un medio de llegar á un fin, que es la lucha del individuo por ayudar. Así, pues, aparte de la enseñanza del Cristo y de abrir un nuevo ciclo, se ha formado una civilización batalladora y tumultuosa, pero en la cual, sin embargo, ha nacido una conciencia social, una realización del deber humano, un reconocimiento de la humana responsabilidad. Y cuando el individualismo

haya hecho esta obra, cuando haya labrado su inevitable destino, entonces volverá el Maestro a observar si las piedras están en condiciones para acoplarse unas a otras, Él, el Gran Maestro Constructor en la humanidad, el que aparecerá otra vez a fundar una nueva sub-raza, a fundar una nueva religión. No vendrá a destruir, literalmente, sino a cumplir y reunir en torno suyo las muchas religiones de la tierra, porque se acerca el día en que las palabras que dijo serán cumplidas: «otras ovejas tengo que no son de este redil; también debo atraerlas y ellas oirán mi voz y me seguirán, y entonces habrá un solo rebaño y un solo pastor». Y ese pastor es el poderoso, el que es Maestro de Maestros, el Supremo Instructor, el Instructor del Mundo, que está á la cabeza del Departamento de Enseñanza de la Jerarquía Oculta, el que es la cabeza de todas las religiones de la tierra, el que ama, bendice y unirá a todas ellas.

Pero he dicho que había un gran Departamento de Gobierno, en el cual el hombre ideal está a la cabeza. Que tiene también su trabajo en el que avanza entre nosotros paralelamente con la más dulce, más oculta y más espiritual obra del Cristo. Recorred la historia del hombre y veréis cuando la estudiéis, que más y más denuncia las líneas de un grandioso plan, en el cual todas las razas y sub-razas y las naciones del género humano tienen su lugar apropiado, cada cual su función y su deber. Volved la vista a la historia y veréis los grandes cambios que han alterado la superficie de nuestro globo. Recordad cómo el gran naturalista nos habla de un tiempo en que el vasto continente de Lemuria se alzaba donde ahora se extiende el Pacífico. Veréis cómo la ciencia empieza a reconocer que, una vez Africa y América podían ser recorridas pasando de una a otra a pie enjuto, que un enorme continente enlazaba a aquéllas, y que en este continente hubo una poderosa raza de gobernantes que esparció su civilización a remotas regiones sobre el globo. Veréis cómo en tiempo de nuestra gran raza Aria ambos continentes desaparecieron, y la superficie de tierra y agua redistribuída, formó la habitación para la raza gobernante de entonces. Mirad hacia adelante y veréis las señales de la nueva preparación de un futuro continente, observando las islas que surgen en el vasto Pacífico, la extraordinaria actividad volcánica ocupada en modelar las fun-

daciones de un nuevo continente donde la humanidad vivirá y florecerá, mientras gran parte del nuestro se habrá roto y desaparecido. Observad que esos cambios en la superficie de la tierra y del agua son simultáneos con la formación de diferentes tipos de humanidad; que el continente lemuriano tenía su tipo peculiar, del cual el negro es hoy un residuo mezclado; que los atlantes tenían también su raza, la cuarta, de la cual podéis encontrar trazas en los indios del Norte de América; también en los antiguos egipcios y miriadas en la China y en el Japón, pues la cuarta raza es todavía la más numerosa en la tierra; también veréis surgir vuestro nuevo tipo de la gran quinta raza, la Aria, esparciéndose por todo el mundo habitable, dividida en sus varias sub-razas, cada una distinguible en su estado puro, como podéis distinguir la Celta de la Teutónica, la Latina de la Escandinava. Veréis extenderse aquella raza y cómo crece, cómo domina y gobierna, cómo coloniza y funda un poderoso imperio. Mirad algunos cientos de años más adelante y veréis esa raza, llegando a su máximum, establecer el más poderoso imperio que se haya conocido en el mundo en el pasado, en el cual floreció todo el poder y la gloria de las naciones, en el cual estaba encarnado el maravilloso grupo de poderosas inteligencias que ahora retornan otra vez al mundo a una raza que llega a su zénit, para encarnarse en el futuro así como lo hizo en el pasado, en el prodigioso triunfo de la gran sub-raza teutónica. Veréis cómo invade el Oriente, cómo se instala en Occidente, reconoceréis que ese esparcimiento tiene su objeto, y que detrás de él está su Manu guiándolo y modelando el gran Imperio que será. Reconoceréis que todas las guerras y todas las conquistas tienen un propósito, y que cuando una nación invade a otra y la barre y la domina por algún tiempo, la nación conquistada se aprovecha en aquel período de tiempo para aprender las lecciones que puede darle su conquistador. Cuando los griegos conquistaron parte de la India, llevaron consigo el arte, y dejaron profundamente impreso en el del indio el sello todo belleza del pueblo griego. Cuando desde el Asia central cayó sobre la India la enorme invasión de los mogoles, desarrollaron otra forma de arte, y enriquecieron el país que conquistaron. Todas estas conquistas del Oriente en Occidente y viceversa, trabajan en el gran plan,

y esparcen por doquiera en las naciones los tesoros que de otra manera estarían encerrados en los límites de un solo país.

Abrid vuestros ojos a más amplios horizontes; ved el poderoso y gran plan; comprobad que cada nación está separada para hacer algo de valor para la humanidad, y que debe esparcir y difundir por donde quiera lo que haya conseguido poner en práctica en su propio territorio. Esas guerras y conquistas, esas luchas de nación contra nación, de raza contra raza, todas tienen su lugar en el gran plan, son guiadas por el Manu, que sabe exactamente lo que es necesario a cada una, y lleva a cabo las mezclas prodigiosas en virtud de las cuales crece la humanidad. Mirad atrás, si os place, a la gran lucha que tuvo lugar en Oriente entre Rusia y el Japón, y veréis que tras de aquellos ejércitos que combatían había dos poderosos ideales en cada uno. Los ideales orientales fueron perdiendo demasiado rápidamente su influencia, el ideal oriental no fué suficientemente respetado. Y a consecuencia de que la balanza, que había oscilado tan frecuentemente entre el Oriente y el Occidente, estuvo largo tiempo inclinada del lado del Oeste, Oriente y Occidente se lanzaron recíprocamente uno contra otro en aquellos terribles campos de batalla de Asia, y el Oriente vino a ser conquistador por algún tiempo, no por sí sólo, sino por la humanidad, que no había perdido por completo alguno de los grandes ideales orientales. Así reconoceremos que donde quiera que hay una guerra, está el Manu guiándola; que donde quiera que hay un tumulto popular o nacional, allí está la fuerte mano del Manu, del Señor de los Hombres, modelando el futuro. ¡Oh, os parecería terrible si viérais rodar por la falda de una enorme montaña el ventisquero arrasando cuanto encuentra a su paso, o un río saltando sobre todos los obstáculos, sembrar la muerte y destrucción en el valle, arrebatando vidas de hombres y animales! Pero volved después de unas centurias; visitad aquellos lugares cuando haya transcurrido un millar de años, y el mismo valle desvastado por el alud le veréis radiante de flores, dorado de mieses; allí el niño juega hoy, y el hombre es feliz. La destrucción sólo significa nueva vida. La humanidad, tras muchas pruebas, alcanza su más elevada estatura, y la Jerarquía planea y guía para la elevación de todos. Así que, cuando el país es hoy arrasado por in-

cesantes tormentas y disturbios, cuando la guerra de clases (más terrible que la guerra de naciones) asuele vuestros campos y haga temblar de temor vuestros corazones, cuando parezca que no hay solución, cuando los recursos de la pasada civilización estén agotados y los de la fatura no se vean todavía claramente, ¡oh, recordad entonces las palabras del Cristo!: «No permitáis que sea turbado vuestro corazón», pues las angustias del presente tienen en sí la promesa del futuro. Todo es bien donde la Jerarquía Oculta, infundiéndose en nuestra carne y nuestra sangre, las torna radiantes y está detrás de los impulsos belicosos de los hombres y moldea hasta en el mal los propósitos de bien.

Ahora quiero dejaros con una palabra, no de esperanza, sino de certidumbre, no de duda, sino de completa evidencia. Donde Cristo es el Maestro, donde el Hombre ideal es quien gobierna, todo debe ser bien para el mundo, del cual son Ellos los amantes y guardianes. Si vemos destruirse los fundamentos de lo que nos rodea, es porque necesitarán reemplazarse por otros más sólidos. Si se desploman edificios cerca de nosotros, será porque ya son inservibles, y más nobles templos se elevarán sobre aquellas ruínas. No puede haber desesperación para una raza que ha producido a Cristo y a Buddha. No debe haber desesperación para una humanidad donde los hombres están por todas partes avanzando hacia Dios.

(Traducido por A. C.)

Historia auténtica de la Sociedad Teosófica

por el Coronel H. S. Olcott.

CONTINUACIÓN (1)

Así, todo está explicado. Ella había sido enviada a América para practicar el espiritualismo oriental o Brahma Vidyà, y substituir con él al occidental mucho más grosero. No estando aún preparado el occidente para su aceptación, su primer paso era defender la realidad de los fenómenos producidos entre sus adeptos, contra el enemigo resuelto y activo de las creencias

(1) Véase el número anterior, pág. 579.

espirituales: la ciencia física, materialista, intolerante con sus jefes y adeptos.

Lo esencial entonces era detener al excepticismo materialista y robustecer las bases espirituales de las aspiraciones religiosas. Por esta razón, en el momento de dar la batalla, combatió al lado de los espiritistas, haciendo durante algún tiempo causa común con ellos. Sí, la posteridad la hará *justicia*.

Quisiera acordarme del primer fenómeno que ella produjo manifiestamente por su sola voluntad, pero no me es posible. Debió ser poco tiempo después de haber comenzado a escribir *Isis sin Velo*, y tal vez fuese éste: después de haber dejado el piso de 16, Irving-place, y haber visitado a unos amigos en el campo, tomó durante algún tiempo una habitación en otra casa de la misma plaza, muy cerca del Lotos Club, y en la misma acera de la calle. En dicho piso tuvo lugar más tarde la reunión de amigos, donde yo propuse la formación de la futura Sociedad Teosófica. Uno de sus visitantes era un artista italiano, antiguo carbonario, el señor B. Yo estaba solo con ella en el salón, cuando él fué por primera vez a verla. Hablaron de cosas de Italia, y él pronunció de pronto el nombre de uno de los más grande adeptos. Se estremeció ella como si hubiera recibido una descarga eléctrica, le miró fijamente a los ojos y dijo en italiano: «¿Qué hay?» Yo estoy dispuesta. Él pareció no darse por entendido pero desde entonces la conversación recayó sobre la Magia, los magos y los adeptos. El señor B. se levantó, abrió una ventana, hizo algunos pases hacia el exterior, y en seguida una mariposa blanca entró en la habitación y voló hacia el techo. H. P. B. rió ingénuamente y dijo: «Es curioso, pero yo puedo hacer lo mismo.» Abrió ella también la ventana, hizo los mismos ademanes y apareció otra segunda mariposa blanca, voló hacia el techo como la otra y la persiguió a través de la habitación, jugando de vez en cuando con ella, la llevó hacia un rincón y frrt... las dos desaparecieron a un tiempo ante nuestra vista. «¿Qué significa esto?» pregunté. «Oh, nada, que el señor B. puede transformar un elemental en mariposa, y yo también.» Estos insectos no eran más que una ilusión. Recuerdo otras demostraciones de su dominio sobre los elementales, que los Hindus denominarían Yakshini Vidyâ. He aquí una de las primeras. Una fría noche de

invierno, en que el piso estaba cubierto por una capa de nieve de muchos pies de espesor, habíamos trabajado en su libro hasta hora bastante avanzada, en su habitación de la Avenida 34. Había yo tomado en la cena alimentos excesivamente salados, y sintiéndome sediento, dije hacia la una de la mañana: «¿No sería delicioso tener racimos de invernadero?» «Indudablemente—dijo ella—es preciso tenerlos.» «Pero los comercios están cerrados desde hace mucho y no hay posibilidad de adquirirlos», respondí. «Eso no importa, vamos a tenerlos ahora mismo.» «¿Pero cómo?» «Váis a verlo, solamente con que tengáis la bondad de amortiguar un poco el mechero de gas que tenemos en la mesa enfrente de nosotros». Hice girar la llave, hasta apagar la luz involuntariamente. «No hace falta tanto—dijo ella—, era suficiente amortiguar un poco la llama. Encended en seguida.» Había a mi alcance una caja de cerillas y en un instante volví a encender. «Mirad—exclamó, mostrándome un estante de libros en la pared de frente a nosotros. Con gran asombro, vi dos hermosos racimos de excelente Hamburgo negra, que pendían de los boliches de los extremos y que comimos acto seguido. Cuando la pregunté cómo lo había hecho, me dijo que ello era debido a ciertos elementales que estaban bajo su dominio; y dos veces más, durante el tiempo que permanecimos en la «Lamaseria», renovó el fenómeno, proporcionándonos frutas para refrescar, mientras trabajamos en *Isis*.

Poco a poco H. P. B. fué dándome a conocer la existencia de adeptos orientales y de sus poderes, y mostrándome los suyos con una multitud de fenómenos. Al principio, como ya he dicho, ella los atribuía a John King, y gracias a su buen deseo, pude entrar en correspondencia personal con los Maestros. He guardado muchas de sus cartas en las que yo mismo había anotado la fecha de su recepción. Durante años, casi hasta mi partida de New York para la India, había sido discípulo de la sección africana de la Fraternidad Oculta; pero después fuí trasladado a la sección India, bajo la dirección de otro grupo de Maestros, coincidiendo esto con un maravilloso cambio psicofisiológico acaecido a H. P. B. del cual yo no debo hablar, suceso que hasta hoy por nadie ha sido sospechado, ni aun por aquéllos que más intimidad creen haber tenido con ella, y más han disfrutado de su confian-

za. Puede aquí afirmarse que no hay ni jamás ha habido, sino una sola fraternidad altruísta en el mundo entero, aunque ella esté dividida en secciones en armonía con las necesidades de la raza humana en sus diversos grados evolutivos. El foco dispensador de esta benéfica energía, cambia de sitio según los tiempos. Invisible, desconocido, como las vivificantes corrientes espirituales del Akasha, pero igualmente indispensable para la vida espiritual de la humanidad, su divina energía se conserva a través de los siglos y conforta en la tierra al pobre peregrino que se esfuerza por caminar hacia la Realidad Divina. El escéptico niega la existencia de estos adeptos, porque ni los ha visto ni ha hablado con ellos y porque la historia no señala su intervención oficial en los acontecimientos nacionales. Pero millares de iluminados místicos, y de filántropos de todas las épocas, cuya pureza de alma ha disipado las nieblas físicas en la claridad de la conciencia espiritual, les han conocido, y en diferentes ocasiones ellos mismos han entrado en relaciones personales con algunos que se consagran o tratan de consagrarse al servicio de la fraternidad humana. Algunos de éstos, a veces muy humildes y en apariencia indignos, como nosotros los jefes del movimiento teosófico, han sido favorecidos con su simpatía y han recibido sus instrucciones. Unos como H. P. B. y Damodar los han visto las primeras veces en su juventud, otros los han encontrado en sitios imprevistos con los más diferentes aspectos; yo les he sido presentado por H. P. B. por un intermediario que mis anteriores experiencias me hacían más comprensible, un supuesto espíritu influenciando a un medium. John King me hizo conocer a cuatro maestros, un Copto, un representante de la escuela neo-platónica de Alejandría, otro de elevada categoría, el Maestro de los Maestros, en cierto modo, que era veneciano, y un filósofo inglés desaparecido del mundo, pero que aún no ha muerto... El primero fué mi primer Gurú, hombre de una rigurosa disciplina y de una esplendorosa energía de carácter.

Con el tiempo, yo supe por ellos mismos, que H. P. B. era su fiel servidora, aunque su especial temperamento y sus idiosincrasias la hiciesen muy antipática a algunos, para permitirles trabajar con ella. Esto parecerá menos extraño, si se recuerda que cada individuo, adepto o laico, evoluciona según un deter-

minado rayo del Logos y se encuentra en simpatía con las almas que dependen de este rayo, pudiendo estar en antagonismo en el plano físico con entidades provenientes de otro. He aquí probablemente la verdadera razón de lo que se llama simpatía o antipatía, aúrica, magnética o psíquica. Cualquiera que sea la causa, había Maestros que no podían trabajar con H. P. B. Muchos, por el contrario, se servían de ella, y hay entre ellos algunos cuyos nombres jamás han sido pronunciados, pero con los cuales yo trabajé bastante en los comienzos del movimiento de la Sociedad Teosófica.

H. P. B. me contó entre otras cosas, cuando yo llegué a conocer la existencia de la Fraternidad y de sus relaciones con ella, que ella había llegado a París el año precedente (1873) con la idea de instalarse allí por algún tiempo, bajo la protección de una parienta suya que vivía en la calle de la Universidad, pero que un día recibió orden preventoria de los «Hermanos» de trasladarse a New York a esperar instrucciones. Partió al día siguiente, sin más dinero que el de su pasaje. Escribió a su padre que la enviase fondos, por medio del Cónsul ruso en New York, pero como esto necesitaba su tiempo y el Cónsul rehusó prestarla dinero, se vió en la necesidad de trabajar para poder vivir. Me dijo que había tomado un alojamiento en uno de los barrios más pobres de New York (Madison street) y ganaba su sustento haciendo, no recuerdo si corbatas o flores artificiales, para un simpático mercader judío. Siempre hablaba de este hombre con reconocimiento. Las instrucciones no llegaban y el porvenir era un libro cerrado, cuando al año siguiente, en Octubre de 1874, recibió orden de ir a Chittenden para encontrar al hombre que había de ser su colega en una gran obra: a mí mismo.

Sus íntimos amigos recordarán el relato de este suceso de su partida repentina, obedeciendo órdenes superiores, de París para New York. M. Sinnett la refiere en «Incidentes de la vida de Mme. Blavatsky» y además ha sido publicada en otras partes.

Pero estas personas no lo han sabido sino mucho tiempo después, y sus enemigos podrían decir que se trataba de una invención tardía, una sencilla invención adaptada a la correspondiente farsa subsiguiente. La casualidad, si casualidad es esto, me trae a las manos en el momento en que escribo estas páginas, un

elemento inapreciable de corroboración y prueba. Una señora americana, Miss Anna Ballard, antigua periodista, miembro vitalicio del Club de la Prensa de New York, que vió profesionalmente a H. P. P. en la primera semana de su llegada a esta ciudad, vino a pasar una temporada a Adyar. En el transcurso de la conversación, entre otros hechos menos importantes, Miss Ballard citó dos que yo hube de rogarla que me refiriese por escrito, a saber: que H. P. B., a quien ella había encontrado en un alojamiento sórdido, la había dicho que había súbita e inopinadamente abandonado París en un día, y también que había visitado el Thíbet. He aquí las palabras de Miss Ballard:

Adyar 17 Enero 1872.

QUERIDO CORONEL OLCOTT:

Conozco a Mme. Blavatsky desde hace mucho más tiempo que lo que usted se imagina. La vi en Julio de 1873 en New York, menos de una semana después de su desembargo. Era yo entonces reporter del *New-York-Sun* y tenía encargo de hacer un artículo acerca de Rusia. Haciendo investigaciones con este objeto, un amigo me informó de la llegada de esta señora rusa y fuí a verla; éste fué el comienzo de unas relaciones que duraron años. Ya en mi primera visita me dijo que ella no había tenido la menor idea de dejar París para trasladarse a América, hasta la noche antes de su partida; pero no me dijo por qué partió, ni lo que la obligó a emprender el viaje. Recuerdo perfectamente el aire de triunfo con que me dijo: «He estado en el Thíbet.» No pude entonces comprender por qué concedía ella más importancia a este viaje que a los que decía haber hecho en Egipto, en la India y en otros sitios; me lo dijo con mucho énfasis y orgullo. Actualmente ya sé por qué.

ANA BALLARD.

A menos de creer a H. P. B. capaz de haber previsto el hecho de que Miss Ballard me entregaría este testimonio escrito en la India, diecinueve años después, el lector de buena fe convendrá en que las manifestaciones que ella hizo cuando la vió por vez primera en New York en 1873, corroboran completamente las que después ha hecho a un gran número de personas, referentes a los dos puntos más importantes en la historia de sus relaciones con el movimiento teosófico: *a)* su preparación en el Thíbet; *b)* su viaje a América en busca de aquel que su karma unía a ella,

como colaborador para poner en actividad este poderoso movimiento social.

Había ella hecho un ensayo fracasado, para fundar una especie de Sociedad Espiritista en el Cairo en 1871 (ver Peebles, *Around The World*, pág.215, y Sinnett, ob. cit., pág.158) teniendo los fenómenos como principal base. Fué este intento un lamentable *fiasco* que la cubrió de ridículo, porque no pudo disponer de los apetecidos colaboradores. Sin embargo, produjo fenómenos de magia del carácter más extraordinario con ayuda del ya referido Copto, y de otro adepto que yo conocí más tarde (1). Parece que entonces tuvo lugar una prodigalidad sin tasa de energía y poder psíquicos, y que esto indicaba otra cosa muy distinta que la infabilidad personal o la inspiración divina. Nunca he podido explicarme esto. En cuanto a la Sociedad Teosófica todo tiende a demostrar que su evolución ha sido gradual, dirigida por las circunstancias y los resultados de opuestas fuerzas, que tan pronto ha recorrido caminos floridos, como espinosos, y que su prosperidad ha dependido de la inteligencia o de la incompetencia de su dirección. Su orientación general y sus ideas fundamentales, han permanecido intactas, pero su programa ha sido modificado, aumentado y mejorado a medida que nuestros conocimientos han sido acrecentados y que la experiencia sugería su utilidad. Todo me demuestra que el movimiento es tal como había sido prepa-

(1) Véase un artículo publicado en el *Frank Geslie's Popular Magazine*, de Febrero de 1862, ilustrado con grabados fantásticos, conteniendo, sin embargo, algunos hechos reales en medio de algunas inexactitudes. El autor, el doctor A. G. Ranson, cita el fracaso de la formación, en El Cairo, de una Sociedad de investigaciones ocultas, y dice que «Paulus Métamon, un célebre mago Copto, que tenía muchos curiosísimos libros de fórmulas astrológicas, de encantos mágicos y horóscopos, y tenia sumo gusto en mostrárselos a las personas *convenientemente recomendadas*», habia aconsejado esperar. El Dr. Ranson dice que H. P. B. habia dicho a la condesa Kazinoff que «ella había aprendido por lo menos uno de los secretos Egipcios, y lo habia probado sacando una serpiente viva de un saquito oculto entre los pliegues de su vestido». Yo he sabido por un testigo ocular que, durante su permanencia en El Cairo, los más extraordinarios fenómenos se verificaban en las habitaciones que ella ocupaba; por ejemplo: que una lámpara abandonó la mesa sobre que estaba colocada, para ir por el aire a colocarse sobre otra, como si alguien la hubiese trasladado; que este mismo Copto misterioso desapareció de repente del canapé donde estaba sentado, y otras maravillas, aunque no milagros, pues la misma ciencia enseña la posibilidad de la inhibición de los sentidos de la vista oído, tacto y olfato por sugestión hipnótica. Sin duda alguna, una sugestión de este género hizo ver a los asistentes la lámpara en movimiento en el espa-

rado con anterioridad por los sabios que sobre él velan, pero que todos los detalles han sido abandonados a nuestros personales esfuerzos. En caso de fracaso por nuestra parte, otros hubieran heredado nuestra fallida oportunidad, del mismo modo que yo sucedí a los del fracasado grupo del Cairo en 1871. A propósito de aumento de conocimientos: mirando hacia atrás, yo observo la amplitud constante de mis propias ideas, un sentimiento más hondo de la verdad y una capacidad mayor para asimilar y extender las enseñanzas. Mis artículos publicados y mis cartas escritas entre 1871 y 1878 lo prueban claramente. Cuando yo era niño (en ocultismo), hablaba como niño, en tono frecuentemente dogmático y como un debutante pretencioso.

Jamás H. P. B. me dijo nada en estos primeros momentos que me haya hecho sospechar que ella hubiese recibido la menor sugestión acerca de nuestras relaciones futuras, ni de lo que había de ser la Sociedad Teosófica, hasta el momento en que fué enviada para encontrarme a Chittenden. Como antes se ha dicho, sabemos por ella misma que fué enviada de París a New York en beneficio del espiritualismo, y antes de nuestro encuentro, había asistido a sesiones y frecuentado mediums sin intervenir públicamente. En Mayo de 1875, traté de organizar con su concurso un comité privado de investigaciones con el nombre de Club de los Milagros. Ella se expresa así en el cuaderno de notas (vol. I):

---

cio, pero no la mano que la conducía, y les hizo creer en la desaparición del Copto. Esto es lo que H. P. B. llamaba un *escamoteo psicológico*, un hecho real, sin embargo, y científicamente importante. Los sabios afirman la inhibición, pero declaran su ignorancia respecto a su mecanismo. Los doctores Binet y Féré, en su célebre obra *El magnetismo animal*, hablan así: «¿Cómo el experimentador ha producido este curioso fenómeno? Nada sabemos: vemos únicamente el hecho externo; es decir, que cuando se afirma a un sujeto sensitivo que un objeto no existe, esta sugestión tiene por efecto, directo o indirecto, producir en el cerebro del sujeto una anestesia local correspondiente al objeto designado. ¿Pero qué sucede entre la afirmación verbal, que es el medio, y la anestesia sistemática, que es el resultado?... Aquí las leyes de asociación, que tan poderosamente nos ayudan a resolver los problemas psicológicos, para nada nos sirven. ¡Pobres principiantes! No ven que la inhibición se produce en el hombre astral, y los magos orientales son mucho más competentes que ellos para producir escamoteos psicológicos, sencillamente porque ellos conocen mucho mejor la psicologia y van más allá que el que considera este triste e ilusorio mundo a través de las ventanas del cuerpo; suspendida la acción de los nervios telefónicos, tiene lugar el mismo efecto que si los alambres eléctricos son cortados: ningún despacho puede entonces ser transmitido.

«Una tentativa como consecuencia de una orden recibida de T. B. (un Maestro) por medio de P. (Elemental representando a John King). Orden de comenzar a decir la verdad al público sobre los fenómenos y los mediums. Ahora va a comenzar mi martirio. Tendré a todos los espiritistas enfrente y además a los cristianos y a los escépticos. ¡Hágase tu voluntad, oh M.!—H. P. B.»

Era nuestro propósito cerrar nuestras puertas a todos, excepción hecha de los miembros del Club, que tampoco deberían divulgar el lugar de las reuniones. «Todas las manifestaciones, materializaciones inclusive, deberían tener efecto en plena luz, sin cabina.» *(Spiritual scientist,* 9 Mayo 1876). Tomando la citada nota de H. P. B. al pie de la letra, podria juzgarse que jamás hubiera habido Sociedad Teosófica, si el medium destinado al Club del Milagro no nos hubiera chasqueado, impidiéndonos terminar su organización.

Puede comprobarse en el libro de Mr. Sinnett la coincidencia de la llegada de Blavatsky a New York el 7 de Julio de 1873, es decir, el séptimo día del séptimo mes de su año 42 (6 × 7) y que nuestro encuentro no tuvo lugar hasta que yo cumplí la misma edad (42 años). Y por anticipado hago notar que ella murió en el séptimo mes del año 17 de nuestro parentesco teosófico. Agregad aún este último hecho, que he referido en el *Theosophist:* que Mr. Besant solicitó de H. P. B. su admisión en la Sociedad, el séptimo mes del año 17, después de su definitiva ruptura con la comunión Cristiana, y tendréis con ello una curiosa serie de coincidencias que considerar (1).

(Traducido por A. López y López.)

---

(1) Puede agregarse a esta serie de coincidencias la fecha de la muerte del mismo coronel (17 de Febrero de 1907). Habia él manifestado con anterioridad que moriria en 7 o en 17.





EL SELLO DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

El doble triángulo que encierra la Tau o cruz egipcia, es el símbolo del Universo, el macrocosmos, la manifestación de la Divinidad en el Tiempo y en el Espacio, el Uno mostrándose en la Dualidad representada por el Espíritu y la Materia; los triángulos están entrelazados para mostrar la unidad inseparable, y son dos para representar ambos conceptos. Padre-Madre. El triángulo cuya punta se dirige hacia arriba, es el del Fuego o Espíritu; aquel cuya punta está en la parte inferior, es el que simboliza el Agua o la Materia. Cada triángulo, con sus tres líneas y sus tres ángulos, representa también la triple naturaleza de lo que él significa. La triplicidad del triángulo del Fuego indica existencia, conocimiento, beatitud; actividad, sabiduría, voluntad; creación, perseverancia, liberación. Los lados son iguales porque «en esta trinidad ninguno está debajo ni encima de otro, ninguno es más grande ni más pequeño», puesto que todos son del mismo modo inmanentes en su naturaleza; todos igualmente omnipotentes. La triplicidad del triángulo del Agua, simboliza las tres características esenciales de la Materia: resistencia, movilidad, ritmo (o vibración). Los doce lados iguales, formados por el entrecruzamiento de las líneas de la figura tomada en su conjunto, representan «los doce grandes dioses de la Caldea y de otras religiones antiguas; los doce signos del zodíaco; los doce meses del año solar. Podrían también encontrarse otros muchos significados.

La cruz o Tau, encerrada en el doble triángulo, es el símbolo del Espíritu, sumergido en la Materia, y que ha sido crucificado, pero resucita entre los muertos y habita triunfante en los brazos del matador conquistado; por esto representa la Cruz de la Vida,

el emblema de la resurrección; y en la simbología egipcia, puede verse que es esta Cruz la que se coloca sobre los labios de la momia cuando el alma vuelve al cuerpo.

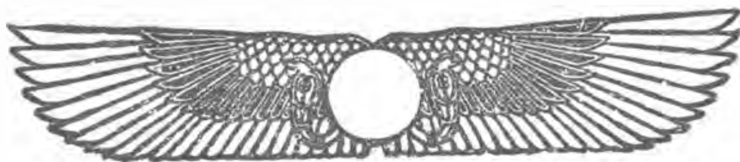
La Svastica o cruz de fuego, es el símbolo de la energía que en forma de torbellino crea el Universo, «abriendo agujeros en el espacio» o dicho en forma menos poética y menos conocida, formando torbellinos que son los átomos, con los cuales se construyen los mundos.

La serpiente mordiéndose la cola, es el antiguo símbolo de la Eternidad, el círculo que no tiene principio ni fin, en el centro del cual, todos los universos crecen y mueren, aparecen y desaparecen.

Tal es el simbolismo del Sello de la S. T., resumido muy brevemente, que forma una ingeniosa combinación de las verdades fundamentales.

Annie BESANT

(Traducido por A. López y López.)



"Mme. Annie Besant et la Crise de la Société Théosophique,,

(*Mme. Annie Besant y la crisis de la S. T.*, titulo de un folleto publicado por M. Lévy, y del cual era nuestro propósito ocuparnos, pero al hacerlo hoy hemos creido seria mejor traducir lo que respecto a él se publicó en el *Bulletin Théosophique*, órgano mensual de la Sociedad Teosófica de Francia, en su número de Julio último.—*M. Treviño y Villa.*

Para anunciar esta obra remitió M. Lévy a todos los presidentes de las Ramas y a todos los miembros cuya dirección conocía, una circular que, por su forma morigerada, nos indujo a creer que esta obra estaría concebida y escrita de una manera cortés e imparcial. No ha sido así, y desde su primera

página hasta la última, no es más que un ataque personal contra nuestro querido Presidente.

Contra toda su argumentación se podría oponer la tan conocida frase del gran literato alemán Max Harden, que escribió en la *Zukunft:* «Se trabaja de tal modo entre nosotros por desfigurar la verdad que se acaba por no conocer la verdad.

En un capítulo consagrado a la supresión de la Sección alemana, dice y repite M. Lévy varias veces que Mme. Besant ha suprimido 2.400 miembros de nuestra Sociedad, por su única autoridad. Pero la verdad es que Mme. Besant no ha rechazado ni a uno. Debido al aviso del Gran Consejo, y después de haber concedido el tiempo necesario para reflexionar sobre ello, Madame Besant se ha limitado a recoger la carta que confería al Dr. Steiner el cargo de Secretario general, no rechazando a ningún miembro ni al mismo Dr. Steiner. Son éllos, los miembros, quienes creyéndose ofendidos por esta determinación, y por su propia iniciativa, se han separado de la Sociedad. Añade M. Levy en la pág. 66: «Pero el colmo de todo esto, es que élla (Mme. Besant) se atreve a anunciar que retirará la carta alemana, en su discurso de la Convención de Adyar, antes que el Consejo General hubiese determinado... Como un verdadero autócrata, Mme. Besant anuncia las decisiones del Comité ejecutivo *hasta antes de que él haya decretado.*»

Desgraciadamente ignora u olvida M. Lévy: 1.° que el discurso de apertura a que se refiere, tuvo lugar el 27 de Diciembre a medio día; 2.° que la segunda reunión del Gran Consejo, se efectuó el mismo día á las nueve de la mañana, habiéndose acordado en él, por unanimidad—pues la Sección Bohemia únicamente se abstuvo de votar—, que se recogiera la carta de la Sección alemana.

Todos los argumentos de M. Lévy son del mismo valor; el único capítulo que trata de la supresión del Congreso de Génova prueba indubitablemente el... error de M. Lévy que, para rebajar más la figura de nuestro Presidente, llena de flores al profesor Penzig, que por su carta del 9 de Enero de 1913, ha

reconocido lealmente ser el único autor responsable de este hecho.

También quiere M. Lévy meterse a exegeta, pero no podemos seguirle en su terreno y preferimos recomendarle las obras del abate Loisy y de G. R. S. Mead, mucho más documentadas que las de M. Derenbourg.

En una palabra, no creemos necesario entrar en más detalles para refutar un folleto que está juzgado por sí mismo; pues un poco de atención e intuición basta para descubrir el objeto encubierto que creemos poder considerar como polémica electoral sin temor de apartarnos de la verdad.

No hay que olvidar que la reelección de la Presidenta debe tener lugar el año próximo, 1914; que sus adversarios tratan y procuran desprestigiarla por todos los medios posibles, y que este folleto no puede ser otra cosa que el primer acto de la campaña electoral.

Nosotros de ningún modo trataremos de seguir una política tal, pues nos inspiramos en las nobles palabras de Mme. Besant pronunciadas hace poco en Estocolmo: «Atacándonos, aun con dureza, se dirigen más bien contra mí que contra la S. T.; y lo mejor que puedo pedir es el recibir los golpes que se dirijan. Si me atacan, no responder atacando a su jeje.»

Después de traducido lo que dejamos consignado, leemos en el *T. P. S. (Book notes)* de Diciembre que Mme. Kamensky, Secretaria General de la S. T. en Rusia, ha publicado en francés un folleto replicando al de M. Lévy. Este folleto se titula *Mme. Annie Besant et La Campagne Electorale,* y refuta varios aspectos de la crítica de M. Lévy.

Hemos creído que nuestros lectores se alegrarán tener esta noticia, pues así podrán leer también lo expuesto por Mme. Kamensky y quedar bien informados sobre este asunto.





D. JOSÉ PLANA Y DORCA

UNA irreparable pérdida ha sufrido la Teosofía en Barcelona, y especialmente la más antigua de las Ramas constituídas en aquella ciudad, con la muerte del entusiasta, valiosísimo y espiritual hermâno D. José Plana y Dorca, acaecida el 6 del corriente.

Nuestro querido amigo dejó su cuerpo físico como lo hacen los teosofistas de corazón: rebosando paz y serenidad. Así nos lo refiere una sentida carta del Secretario de la Rama de Barcelona, de la cual era Presidente el Sr. Plana y Dorca:

«Es notable significar la serenidad de ánimo en sus últimos momentos, pues él mismo iba contando las horas que le quedaban de vida hasta la postrera; se despidió tranquilamente de su familia y de los hermanos de la Rama con cariñosas frases y sabios consejos; en una palabra: ha muerto como mueren los justos...»

Fué nuestro queridísimo amigo, que constantemente colaboró en SOPHIA, siendo quizá su último escrito la Memoria de la Rama de Barcelona, que hemos publicado en el número anterior y cuyas pruebas ya no pudo ver.

Con él y con su ejemplarísima familia están nuestros mejores pensamientos; y como no nos consideramos competentes para hacer su biografía, que esperamos sea redactada por uno de sus íntimos amigos, por hoy nos limitamos a dar a luz un escrito suyo, interesantísimo, donde refiere cómo conoció la Teosofía.

M. TREVIÑO Y VILLA.

CUESTIONARIO

—¿Cómo tuvo usted noticia de H. P. Blavatsky?

—Por un libro de Nemo, titulado *Teosofía*, que vió la luz en Madrid el año 1890. En aquel entonces residía yo en Lérida, y allí, con motivo de preguntar por unos libros que había encargado anteriormente, un librero establecido en la calle de Caballeros, intrigado por el título de la obra, me la presentó. Quedé yo, a mi vez, intrigado, y la adquirí para enterarme de su contenido. Su lectura me entusiasmó, pues me indicó dónde yacía el *filón espiritual* que hacía tiempo buscaba con insistencia.

—¿Cómo la conoció usted y en qué fecha?

—¡Mi karma no me ofreció tan feliz coyuntura!

—¿Cuál fué la primera obra teosófica que leyó usted?

—La citada anteriormente, o sea la *Teosofía*, por Nemo.

—¿En qué fecha y cómo conoció usted a D. F. Montolíu?

—Si mal no recuerdo, en el mes de Febrero de 1892, un domingo, por la noche, en el local que ocupaba entonces el Grupo español de la Sociedad Teosófica, situado en un entresuelo de la calle de Tallers, de esta ciudad. El mencionado señor, hermano muy querido, presidía a la sazón dicho Grupo. Y tuve noticia de él y del Grupo citado aquel mismo día, por la mañana, al salir de una de las librerías francesas de la Rambla del Centro y tropezar—también *casualmente*—con mi antiguo compañero de aulas académicas y amigo queridísimo el doctor don José Roviralta y Borrell, el cual, entre varias cosas, me preguntó si gustaba de los estudios filosóficos. Contestéle que sí, y que me interesaba en alto grado la Teosofía, tanto, que andaba a la caza de quien pudiera darme informes de algún Centro donde se reuniesen sus cultivadores, y que, precisamente hacía unos momentos, había adquirido en la librería francesa arriba citada, los últimos números de los *Estudios Teosóficos*, Revista que se publicaba en Gracia, y también las primeras entregas de la traducción castellana de *Isis sin Velo*. Dicho amigo y hermano me habló del Sr. Montolíu y se brindó a presentarme aquella misma noche al Grupo, que celebraba sesión, oferta que acepté llenó de alborozo. Recuerdo que aquella noche el Sr. Montolíu dió lectura comentada de un fragmento de *Isis sin Velo*. Es de advertir que

en dicha ocasión me hallaba yo en Barcelona accidentalmente, pues residía en Tortosa.

—¿Cuál fué el primer libro teosófico que se publicó en España?

—Supongo que debió ser la *Teosofía* o *¿Qué es la Teosofía?*, ambos por Nemo, si es que no aparecieron simultáneamente, dado que son del mismo año.

—¿Qué detalles importantes recuerda usted de D. F. Montolíu?

—¡Desgraciadamente, muy pocos! Tuve el gusto de conocerle, como he dicho, en la sesión del Grupo Español de la Sociedad Teosófica arriba citada, y después nos entrevistamos nuevamente en la calle de Tallers; en junto, hablé con él dos veces. Yo residía en Tortosa. Se cruzaron entre ambos tres cartas muy afectuosas, que conservo. En una de las mías le propuse (mejor, le reiteré) mi admisión en la Sociedad Teosófica y en el Grupo, y apoyó y cursó mi petición de ingreso en dicha Sociedad, transcurrido que hubo el tiempo reglamentario. Poco después, el 10 de Mayo de 1892, falleció en la Escuela de Peritos Agrícolas de esta ciudad, de la que era Director.

—¿Quiere usted referirme lo que recuerde de los primeros tiempos del movimiento español de la Teosofía?

—Poco puedo referir, por lo que a mi intervención atañe. Al fallecer D. F. Montolíu, cuyo ascendiente espiritual y grandes prestigios mantenían compacto y unido el entonces Grupo Español de la Sociedad Teosófica, sufrió éste en Barcelona una casi disgregación. Con tal motivo fuí reiteradamente solicitado por mis queridos hermanos de Madrid, los Sres. Xifré, Melián y Treviño, para que substituyese a tan prestigioso hermano y contuviera, en lo posible, la total disgregación de los elementos que integraban el Grupo en esta ciudad y, con los que restaran fieles, constituyese una Rama de la Sociedad Teosófica. A pesar de mi insignificancia (acababa, como quien dice, de ingresar en la Sociedad Teosófica) acepté gustoso tan difícil encargo, trasladándome, al efecto, a Barcelona, desde Tortosa, en donde a la sazón continuaba residiendo. Por mi dicha, se lograron aquellos propósitos, y tuve la satisfacción (merced a la bondad de mis hermanos) de ser el primer Presidente de dicha Rama y el que redactó su primer Reglamento y el Libro de Honor de la misma, o sea su *Declaración de Principios*, siendo ambos aprobados con ligeras modificaciones.

José PLANA Y DORCA.

S/c: Gracia (Barcelona), 22 de Mayo de 1910.

RELIGIÓN, CIENCIA
: : : Y FILOSOFÍA : : :

La teoría teosófica del conocimiento.

(CONTINUACIÓN) (1)

Si consideramos al hombre, veremos la obra y la herramienta de estos dos métodos. Con la religión, como es entendida ordinariamente, para conocer al hombre debemos conocer esta unicidad separativa, y notar cómo las leyes universales del cuerpo físico, los deseos y la mente, son la expresión de esta única naturaleza. Es una tentativa de definir el elemento de la comunidad y de la unidad y universalidad en términos de la unicidad específica separada del hombre. De otro lado, con la ciencia el conocimiento es la explicación de cómo los modos específicos de la vida universal convergen en el modo de la unicidad. Pero ninguno de los dos explica de hecho cómo es posible reducir los elementos de la unicidad de un tipo separado en elementos de la universalidad, cómo pueden ser reducidos y sintetizados, y cómo estos dos polos, con su mútua exclusividad, están en situación de producir realmente la unicidad que está implícita en el conocimiento.

El Yo de la religión, como se la entiende ordinariamente, es siempre el Yo separado del plano físico. Buscamos por medio de nuestros esfuerzos religiosos el conseguir la separación de este Yo del mundo circunstante con objeto de hacerle alcanzar un cierto género de paz y de reposo, que el mundo no perturba. En los planos más elevados, en el cielo etc., él permanece siempre la misma personalidad—el hombre físico. De donde se sigue que el único resultado es la acentuación del sentido del Yo separado, obtenida negando los llamamientos del mundo de los objetos circunstantes. De otra parte la ciencia moderna considera al hombre, esencialmente, como un producto secundario del ser

(1) Véase pág. 447.

concreto y separado de los objetos exteriores y de los estados psíquicos. Estos son mirados como separados y excluyéndose mútuamente, pero también han creado, por medio de un mágico proceso inexplicable para la ciencia, un locuz ilusivo llamado hombre. Sin embargo, si bien coloreados por el tinte separativo, estos dos métodos tienen como mira la unidad y la universalidad: la unidad del Yo de la religión es una rígida unidad separativa, mientras la unidad del Yo de la ciencia es debida a su naturaleza compuesta. Entrambas hipótesis tienden a dividir la unidad y la solidaridad de la conciencia, y a crear, por lo tanto, ilusiones y deficiencias en nuestra concepción. Discutiremos esta cuestión más ampliamente cuando tratemos del *Purusha* y del *Prakriti*: por ahora será suficiente hacer constar que el error tiene origen en nuestro sentido de la separación, en nuestra sed de unicidad separativa. La unidad del Yo transcendental y abstracto—el Ser de la *verdadera* Religión—es considerada por nosotros como indicando sencillamente el Yo separativamente único, el Yo que intenta establecer en todo a sí mismo, rechazando con éxito el espíritu de la vida universal, que el mundo ambiente tiende siempre a hacer presente. De otro lado, coloreados por el sentido de la falsa unicidad, dotamos los principios de la uniformidad y de la universalidad, postulados de la ciencia, con un sentido de la unicidad separada, y el resultado es el átomo de la ciencia moderna que tiene lo universal por atributo y es retenido todavía como el punto separado de la unicidad. Dominados por los sutiles poderes del *Ahankara*, interpretando erróneamente su significado como la base de lo separativamente único, y desconociendo que, de la misma manera de cualquier otra cosa, su verdadera función es indicar lo transcendental y no definir lo concreto, buscamos leer los dos polos de la unicidad y de la universalidad como si estuvieran en antítesis recíproca.

Pero la cuestión realmente es que los dos están presentes en cada acto de la conciencia. No hay ningún modo de la vida consciente, ni de aquella que nosotros creemos vida inconsciente, en el cual no se patentice una unidad y una síntesis de los dos. Mi percepción de una lámpara es una unidad, una totalidad, una singularidad del ser. Unicamente cuando intentamos leer en esta unidad nuestra inclinación, por lo que es especial, es cuan-

do encontramos la huella de los dos; únicamente cuando nos esforzamos por comprender que es lo que representa un cierto modo de conciencia para nuestra vida separativa, es cuando percibimos la diferencia; en resumen, que la unicidad es tanto unidad cuanto universalidad. La misma naturaleza universal del Yo cual un organismo no es inconsistente con un sentido de unicidad no separativa. El hecho de que nuestro Yo pueda desarrollarse, y en realidad se desarrolla, en la realización de su verdadera naturaleza y de su verdadero ser, por medio de los cuerpos de un plano, teniendo incluso el gérmen de lo universal, basta para probar la unión de los dos.

Nosotros desconocemos, en nuestra sed de la unidad separada, que la naturaleza no presenta nunca los dos como divididos y que en cada acto de la conciencia, los aspectos del único central y del resistente universal, se funden. Mi percepción de la lámpara indica cómo el Yo del momento puede realmente ser unido con la lámpara. Mi idea de la lámpara es la idea de una unidad siempre transcendente, porque es incapaz de ser agotada por cualquier lámpara concreta, y además tiene también un significado universal, por cuyo medio el mundo me transmite su mensaje de lo uniforme y de lo universal. El mero hecho de que el Yo en mí tiene una infinidad de evolución tanto atrás como adelante de sí, debería indicar como, si bien el Yo el siempre transcendente, es también una base universal en la cual la multiplicidad del mundo de los objetos puede fundirse sin dejar un residuo. La conciencia implica siempre una unidad y una homogeneidad, la cual, si bien se inclina hacia lo transcendente, tiene como base suya lo universal, en el cual los muchos aparentes tienden a fundirse. Siempre es indicativa de una unidad misteriosa, esencialmente divina, y a la luz de esta divinidad, situada en la sombra, el Yo separado es visto como el permanente y el inmutable, y el objeto separado como teniendo la posibilidad de una infinita correlación con una serie infinita de objetos, energías y poderes manifestados. Pero si, coloreados por la separación, pretendemos definir el uno o el otro de estos dos aspectos, entonces ocurre, por decirlo así, una polarización de la vida una en dos polos, el uno manifestando el elemento de la unicidad separativa y el otro el elemento de la separativa universalidad,

los cuales constituyen respectivamente las características del hombre y del mundo.

La unidad del conocimiento que pretende la Teosofía sólo es posible cuando desarrollamos una diferente facultad del conocer. Todas nuestras tentativas de síntesis y nuestras valoraciones de las cosas están coloreadas por el *Ahankara* separativo en nosotros, y nosotros buscamos definir las cosas y como tales las revestimos de un elemento de exterioridad el cual perturba la síntesis delconocimiento y la evolución de una verdadera unidad. Los dos polos no pueden nunca fundirse hasta tanto que nosotros no logremos comprender el verdadero significado del *Ahankara*, lo que será como la facultad divina por cuyo medio la divina unidad se manifiesta en términos de una triplicidad para la conquista de una vida más larga y más completa. Tal tendencia hacia la precisión del género separativo colorea el método científico, el cual, si bien mira a la unidad y a la universalidad, nos hace revestir la materia y la energía de la unicidad específica. Ella se manifiesta de manera semejante en la religión y en la filosofía y nos hace ver al hombre como una entidad separada, la cual exige siempre un fondo de la comunidad y de la universalidad para manifestar su unidad separativa.

La concepción o teoría teosófica del conocimiento debe ser tal que la acentuación de la separatividad pueda ser evitada. La unicidad debe estar en primer lugar no más vista definitivamente y en antítesis al mundo, el cual simboliza un campo común para la manifestación y la evolución del ego. El elemento de lo universal en la naturaleza que la ciencia pretende indicarnos, no debe ser mirado como una protesta contra el aspecto unitario, sino como conducente a él. ¿De qué manera podemos sintetizar estos dos elementos que están implícitos en la percepción? El elemento de unicidad debe estar presente en la cosa a fin de que la experiencia de los múltiples nacimientos y el contacto con los objetos exteriores, puedan ayudar y contribuir a la emancipación final del ser humano. Como nosotros tenemos necesidad de un gran número de nacimientos o encarnaciones y de un infinito número de contactos con las cosas, y admitido esto por la religión (1),

(1) Recuérdese, lo hemos dicho ya, que el escritor es un indio. *(Nota de la versión italiana).*

si bien se desconoce con frecuencia el hecho que es la base de tal creencia, nos vemos forzosamente conducidos a modificar nuestra concepción relativa al Yo en nosotros. Debemos por esto esforzarnos en leer en el elemento universal, el otro elemento de la unicidad. E inversamente debemos también ver cómo la unicidad en nosotros no es una unicidad separativa, sino que está en consonancia con el elemento de la comunidad, de la universalidad y la unidad.

¿Cuál debe ser, pues, nuestro punto de vista en la aproximación del hombre y la naturaleza? Al tratar con el hombre debemos ante todo templar la exclusividad de nuestro punto de vista con el elemento de la universalidad. Esto es lo que hay bajo el principio de la fraternidad y lo que nos hace revestir a los otros seres de la misma unicidad que reclamamos para nosotros mismos. Debemos además ver la naturaleza y la multiplicidad exterior como representando realmente una unidad orgánica, en la cual nuestro ser está implícito de una manera misteriosa. La ley del karma indica esto, como veremos más claramente a continuación.

Pero esto no basta porque la visión separativa coloreará siempre de sutil manera nuestra concepción. La concepción de la unidad orgánica es ella misma inadecuada, pues no implica ni unidad ni transcencencia, sino simplemente una síntesis de un orden inferior en el cual lo uno y lo múltiple, entrambos, permanecen y el verdadero significado de la conexión entre ellos, si bien comprobada como un hecho, no está realizada todavía. Debemos, por consecuencia, fundir unicidad y universalidad en la concepción de una vida y de una conciencia más transcendente; en otros términos: el elemento de la unidad divina debe ser visto reuniendo estos dos polos. Debemos, en suma, realizar tanto la divinidad del hombre cuanto la divinidad de la naturaleza. Aunque de una manera grosera, esto ya intentamos hacerlo, por ejemplo, el Vedantino inexperto cree que en el ser separativo, visto como distinto, existe un elemento de la divinidad. Pero lo Divino no puede ser limitado de tal manera y al altísimo ser separativo que exige un fundamento separado, la Existencia Una aparece necesariamente como el transcendente Ishvara (1); que

(1) El Logos, el Ser de un Universo.—*(Nota de la versión italiana.)*

atrae con Su gloria soberana el ser separado. El panteista occidental, para el cual la naturaleza y los objetos manifestados son la expresión de una Divinidad separada y distinta, es otro tanto lejano de la verdad de la real transcendencia. La hipótesis aún más inadmisible que declara a cada individuo un Dios es igualmente contraria a la unidad del Ser. La Existencia Una no puede estar contenida en cualquier individuo, sea cuanto se quiera la gloria y los poderes que transciende, más de cuanto lo pueda estar en cualquier cosa concreta o en una adición de un número infinito de cosas concretas; porque el mundo con su infinito sólo es manifestación de una porción, un fragmento, por decirlo asi, de la vida divina. La Divinidad no puede ser localizada o definida: ella debe más bien ser realizada por un lado en su irradiación, expresión o indicación, en el individuo y a través del individuo y por otro lado en el mundo y a través del mundo. La Divinidad, en fin, es de la naturaleza de la conciencia, no en el aspecto de la definición en el centro, que da lugar al Yo separado, no en el aspecto de cualquier *upâdhi* o vehículo de expresión, ni como manifestando cualquier modo concreto de relación y de síntesis entre los dos, sino más bien como un algo de ubicuo que fecunda, que incuba, que cubre cada cosa y por cada cosa es igualmente indicado o expresado. Intentad definir tal vida y ella se transformará en un centro rígido o una forma o energía igualmente definida.

Esta divinidad de la conciencia—esto es, la tendencia transcendente que corre a través de la conciencia—es al mismo tiempo una unidad y una universalidad. La Transcendencia divina—la naturaleza Una del Ser, sin un Segundo—se revela en y a través cada modo de conciencia. Está en los sentidos y está indicada por ellos tanto cuanto está en la conciencia *nirvánica* y a través la conciencia *nirvánica*; irradia de cada partícula del océano de inmortalidad manifestada tanto, plenamente y completamente cuanto de la totalidad de la manifestación. Para sentir esta vida precisa reconocer la unicidad separativa como una mera indicación de la unicidad universal, esto es, del Ser, y no andar en busca de una excelsa estatura personal para nosotros mismos en un así dicho fundamento divino. También en la naturaleza debemos comprender el elemento de la universalidad y de la comu-

nidad como aquello que expresa e indica una transcendente vida de unidad.

Por consiguiente, el conocimiento teosófico no es un conjunto de varios hechos, sino más bien la expresión y la manifestación de la conciencia divina, la divina *Sophia* o *Mahâvidya*, única que nos puede indicar el valor divino tanto en la más pequeña cuanto en la más grande de las cosas. Sin esta *vidya* nuestro conocimiento es semejante a una luz en medio de la obscuridad nocturna—un punto de iluminación circundado de una densa e impenetrable muralla de ignorado. Porque *avidya* no está ya en la extensión y en el método de nuestro conocimiento, sino en la tendencia nuestra hacia la separación artificial. Podemos conocer todo lo que se quiera por cuanto se refiere a una cosa individual, pero la misma tendencia de considerarla como aislada, como separativamente única, nos la hace arrancar del fondo universal, traspasando así las infinitas líneas de la inter-acción que ella tiene con las otras cosas. Esta es *avidyâ*. Una cosa vista de tal manera es semejante al punto más bajo de un cono; nosotros podemos conocerlo, pero nuestro conocimiento es parcial y por eso ilusivo, porque no calculamos la infinidad que hay encima y que hace presión para manifestarse a través del punto y de cuya vida el punto es simplemente una expresión y una indicación en el tiempo y en el espacio.

Consideraremos más extensamente los aspectos de la unicidad y unidad divina a continuación, pero no puedo terminar mi juicio por ahora sin una amonestación respecto al grandísimo peligro que amenaza a la Teosofía y a su moderna presentación a causa de la sutil acción que ejerce en nosotros la tendencia hacia la unidad separativa. Esto es lo que nos hace revestir el Ser y el Maestro con el hábito de la separatividad de un tipo ciertamente elevado, pero sin embargo, siempre separativo. De tal manera desnudamos, por decirlo así, este punto de apoyo de nuestra conciencia infinita para la evolución del hombre, de su real valor permanente y en consecuencia de su poder de indicar en un verdadero y propio sentido que el mismo Ser en nosotros que es la única meta de todas las aspiraciones humanas, individuales y colectivas, concretas y trascendentes.

(Continuará.)

DREAMER

(Traducido de *Ultra*, por E. Márquez Guerrero).

OCULTISMO

EL CUERPO FÍSICO DEL MAESTRO

Cuando el Instructor del Mundo venga, se nos dice que vendrán también otros varios Adeptos para actuar como lugartenientes suyos y ayudarle en Su labor. La mayor parte de estos Grandes Seres seguirán el ejemplo de su Jefe, y ocuparán temporalmente los cuerpos de Sus discípulos, siendo, por consiguiente, necesario que haya un cierto número de tales vehículos preparados para su uso. Los estudiantes preguntan a veces por qué teniendo los Maestros un cuerpo físico propio van a necesitar otros en esta ocasión. Siempre creo fuera de lugar todo lo que se parezca a curiosidad sobre esos Grandes Seres; pero es éste quizá uno de los casos en que pueden darse algunas palabras de explicación, sin inconveniente.

Aquellos que habiendo alcanzado el nivel de Adeptos eligen como futuro objetivo el permanecer en este Mundo y ayudarle directamente en la evolución de su Humanidad, consideran conveniente para su obra retener cuerpos físicos. Y para que esos cuerpos físicos sean adecuados para tal objeto, necesitan ser de calidad excepcional. No sólo deben ser absolutamente vigorosos y sanos, sino que deben también ser la perfecta expresión de lo que del ego pueda manifestarse en el plano físico. En el caso de hombres ordinarios sería imposible un tal vehículo, porque las acciones del hombre ordinario en pasadas vidas, han impuesto sus limitaciones sobre él; es él imperfecto, y sus varios cuerpos son precisamente los medios a través de los cuales se manifiesta el karma del pasado. Pero como el Maestro ha transcendido hace largo tiempo todo mal karma, nada hay en Su caso que imponga limitaciones distintas de aquellas que son inseparables de la naturaleza del plano físico, y, por lo tanto, Su cuerpo es del orden más elevado.

La construcción de tal cuerpo no es una tarea sencilla. Comparad de nuevo con el proceso seguido en el caso del hombre vulgar. Cuando un ego desciende a un cuerpo de niño, lo encuentra bajo la custodia de un elemental artificial que para él ha sido creado por la mente de los cuatro Mahârâjâs. Tal elemental se halla ocupado en modelar la forma que se halla próxima a manifestarse al mundo exterior, permanece después del nacimiento y continúa ese proceso de modelado durante algunos años—generalmente hasta que el cuerpo tiene seis o siete años—. Durante este período, el ego y su nuevo vehículo se van ligando gradualmente el uno al otro, hasta que llegan a una base común o compromiso; pero la obra realizada por el ego hasta llegar a este punto es, en general, insignificante. Él se halla conexionado con su vehículo, pero en la mayor parte de los casos le concede poca atención, prefiriendo esperar hasta que haya alcanzado aquél un desarrollo tal que resulte con la facultad de responder a sus esfuerzos.

En el caso de un Adepto todo es completamente distinto. Así como no hay allí un mal karma, tampoco hay elemental artificial, y el ego mismo se ocupa, él sólo, del desarrollo desde el principio, limitado únicamente por la herencia de los padres del cuerpo. Esto facilita la producción de un vehículo mucho más fino y también lleva consigo mucho más trabajo para el ego, que tiene que dedicar a tal fin, durante algunos años, una gran porción de su tiempo y energías. Por tal motivo, un Adepto no desea repetir la operación con más frecuencia que la estrictamente indispensable, y por esto hace que su cuerpo físico dure tanto como sea posible. Nuestros cuerpos envejecen y mueren por varias razones dimanantes de debilidad heredada, enfermedad, accidente, vida antihigiénica; acortamos nuestros días por nuestros vicios, por nuestras preocupaciones y exceso de trabajo. Un Adepto nunca se disgusta ni atormenta, y Su vida es siempre vivida absolutamente de acuerdo con las reglas de la salud perfecta, por lo que es, naturalmente, más larga que la nuestra, mucho más larga... Al presente no tenemos me-

dios de conocer cuál es el límite de esta prolongación, aunque hay indicios que muestran que puede fácilmente extenderse a más del doble de los setenta años del Psalmista.

Un cuerpo construído así, adecuado para una obra elevada, es inevitablemente sensitivo, y por tal razón requiere cuidadoso trato, si ha de conservarse siempre en inmejorable estado. Se gastaría, como los nuestros, si estuviera sujeto a las innumerables pequeñas conmociones del mundo exterior, a su constante torrente de vibraciones antipáticas. Por eso los Grandes Seres viven usualmente en un relativo apartamiento y aparecen rara vez en el caos ciclónico que llamamos vida corriente. Si Ellos llevaran Sus cuerpos al torbellino de curiosidad y vehemente emoción que seguramente ha de rodear al Instructor del Mundo, no hay duda de que se acortaría grandemente la vida de esos cuerpos, y (a causa de su extrema sensibilidad) se produciría una gran cantidad de innecesarios sufrimientos. Ocupando temporalmente el cuerpo de un discípulo, el Maestro evita esos inconvenientes y, al mismo tiempo, da un ímpetu incalculable a la evolución del discípulo. Él habita ese vehículo sólo cuando lo necesita—quizá con objeto de transmitir un mensaje o de lanzar una corriente especial de bendición—. Tan pronto como Él ha hecho lo que desea, se retira del cuerpo aquél, y el discípulo (que ha estado mientras tanto esperando) lo recupera, a la vez que el Maestro vuelve a ocupar Su vehículo propio y continúa Su usual labor para ayuda del Mundo. De este modo, Sus ocupaciones propias quedan poco afectadas y, sin embargo, tiene Él siempre a su disposición un cuerpo, a través del cual puede cooperar cuando lo requiera, en el plano físico, la beatífica misión del Instructor del Mundo.

Podemos fácilmente imaginarnos de qué modo esto afectará al discípulo así favorecido, al tener la oportunidad de prestar su cuerpo al Maestro, aunque la extensión de la acción pueda estar más allá de nuestros cálculos. Un vehículo tonificado con tal influencia, le resultará más bien un apoyo que una limitación; y mientras su cuerpo es útil, siempre tendrá el privilegio

de bañarse en aquel maravilloso magnetismo, puesto que necesita hallarse a mano para ocuparlo en el momento que su Maestro ha realizado el trabajo.

Este procedimiento de tomar prestado un cuerpo adecuado, se adopta siempre por los Grandes Seres cuando Ellos creen conveniente descender entre los hombres, bajo condiciones tales como aquellas que ahora se reunirán. El Señor Gautama hizo esto cuando llegó a alcanzar la condición de Buddha; el Señor Maitreya siguió la misma conducta cuando vino a Palestina hace dos mil años. La única excepción que conocemos es la de cuando un nuevo Bodhisattwa es investido con la misión de Instructor del Mundo, una vez que su predecesor se ha convertido en Buddha; entonces, en su primera aparición en el Mundo con tal cargo, nace bajo la forma de niño, del modo corriente. Así lo hizo nuestro Señor el presente Bodhisatwa cuando nació en las doradas llanuras de la India y fué Shri Krishna, el reverenciado y amado con una devoción tal, que casi puede decirse no ha sido igualada en otra parte.

La ocupación temporal del cuerpo de un discípulo, arriba mencionada, no debe confundirse con el uso permanente, por una persona avanzada, de un vehículo preparado para ella por algún otro. Es generalmente conocido por sus discípulos, que nuestro gran Fundador Mme. Blawatsky, cuando dejó el cuerpo en que la conocimos, ocupó otro que había sido precisamente abandonado por su propietario original. En cuanto a si aquel cuerpo había sido preparado para uso de ella, no estoy informado; pero se sabe de otros ejemplos en que así ocurrió. En caso tal, siempre hay cierta dificultad para adaptar el vehículo a las necesidades e idiosincrasias del nuevo ocupante, y es probable que tal vehículo nunca llegue a ser perfectamente adecuado y apto. Para el ego que se infunde, se presenta la elección entre dedicar mucho tiempo y molestia a vigilar y desenvolver un vehículo que sea—en cuanto esté en lo posible—expresión suya, o evitar todo ese trabajo entrando inmediatamente en un cuerpo que proporcionará un instrumento razonablemente

bueno para todos los objetos corrientes (porque si no fuera así no podría tomarse en consideración); pero nunca será en todos los respectos todo lo que su propietario querría que fuera. El caso es, bien considerado, como la compra de un traje: hay que esperar el tiempo preciso para que nos lo hagan a la medida, o bien optar por un traje ya confeccionado, mucho más barato, pero que nos sentará más o menos bien. El que este último procedimiento sea conveniente depende de los arreglos que haya que hacer y del tiempo que esto llevará. Además, aunque un hombre prefiera el traje hecho a la medida, puede no tener el dinero preciso para pagarlo; en nuestro caso el dinero está representado por el tiempo y energía que tendría que emplearse para construirse un vehículo apropiado. Naturalmente; cualquier discípulo estaría ansioso de tener el honor de entregar su cuerpo a su Maestro; pero pocos son los vehículos bastante puros para ser usados.

Algunos estudiantes han preguntado por qué un Maestro, cuya labor parece realizarse casi enteramente en planos elevados, necesita cuerpo físico de ninguna clase. A mí me parece que éste no es asunto de nuestra incumbencia; si un Maestro se toma el trabajo de sostener un cuerpo de esa especie, podemos tener la seguridad de que tiene buenas razones para ello, porque sabemos bastante de sus métodos, para deducir que todo lo hacen del modo mejor, es decir, por los medios que implican un mínimo gasto de energía. El Maestro emplea gran parte de su tiempo en proyectar corrientes de influencia. En cuanto ha podido observarse, esas corrientes tienen lugar sobre el nivel mental superior o intuicional, pero es probable que algunas veces sean corrientes etéricas, y, para la manipulación de éstas, el cuerpo físico tiene sin duda ciertas ventajas. Además, la mayor parte de los Maestros que hemos visto, tienen algunos discípulos o subalternos del plano físico, que viven con Ellos o cerca de Ellos; un cuerpo físico puede ser necesario para relacionarse con ellos o serles útil. En cuanto a mí, nunca se me ocurre investigar sobre tales cuestiones. Creo que el Maestro

conoce sus propias obras mucho mejor que yo, y que puedo servirle mejor ejecutando Sus instrucciones que inmiscuyéndome en Sus asuntos. Aquellos de nosotros que han tenido el privilegio de conocer algo de nuestros magnánimos Maestros, sienten un inmensurable entusiasmo por Ellos. Nosotros no preguntamos: amamos y obedecemos; en la ordenada actividad de ese santo servicio, vemos que aprendemos mucho más que lo que pudiéramos obtener con la incansable e indiscreta curiosidad. Saber es bueno, en efecto, es necesrio; pero el conocimiento se desarrolla mejor por el servicio. Los que sirven para ayudar a otros, pronto aprenderán por la práctica, y por la santa inspiración de Su amor, cómo puede realizarse mejor la obra del Maestro.

C. W. Leadbeater

(Traducido de *The Adyar Bulletin* por J. Garrido.)



EL SEXO

por C. Lazenby.

«El que habiendo pasado por la naturaleza masculina conserva a pesar de eso la femenina, está ya listo para hacerse santuario del Tao Supremo.»

Así hablaba Lao Tze unos 500 años antes de que Jesús fuese elegido por ser la encarnación del Cristo. Estas palabras tienen un significado profundo para el estudiante del ocultismo que considera las potencias y emociones relativas a la dualidad de la vida sexual. El Tao en este sentido es casi sinónimo del

Cristo al cual se refiere San Pablo cuando habla del «Cristo que está en Vosotros». Es a la vez sabiduría y poder. La sabiduría es el recto uso del conocimiento, y junto al poder este buen uso conduce a grandes resultados. El Tao Supremo está fuera de toda mezquina limitación personal y es el Amor y la Alegría de la Vida que halla su expresión como sabiduría y poder.

Esta expresión maravillosa de la vida divina a través de los hombres puede encontrar sus creyentes y creadores en el hombre que guarda en sí mismo la polaridad de la doble naturaleza sexual. Este es el Uraniano perfecto, el ideal hombre-mujer, el Hermaphrodita ideal del cual nos han hablado todos los Misterios. En su naturaleza masculina debe ser varonil, positivo, fuerte, tierno, creativo, con pensamientos claros, imaginativo y lleno de confianza en la verdad; en su naturaleza femenina debe ser fuerte, receptivo protéico en sus emociones, pero inflexible en su propósito, protector de los débiles, y con la energía de las potencias de la vida dirigidas al encauzamiento de los ideales de la imaginación a una concepción estable en la forma. Solamente de la unión de los dos sexos en un organismo puede desarrollarse un gran artista o productor de bellas formas o proyectista de grandes ideales.

Hay que notar que jamás es este tipo de Uraniano un hombre afeminado o una mujer masculina. Son totalmente masculinos en su naturaleza masculina y totalmente femeninos en su naturaleza femenina. Ambos sexos tienen atracción para ellos y levantan toda amistad hacia el gran compañerismo por medio del amor y del claro entendimiento de igualdad. Interiormente tienen un gran equilibrio, no tienen menos sexo, sino mucho más que la mayoría de la Humanidad.

Madame Blavatsky nos ha dicho en *La Doctrina Secreta* que estamos evolucionando poco a poco en la Sexta Raza de la Humanidad. Las características de esta raza son Fraternidad Universal, sin distinción de raza, credo, casta, sexo o color, y con este pleno conocimiento de que la Humanidad es una fami-

lia, cuyos miembros tienen diferentes edades, habrá también un cambio de forma física, como asimismo en los dos otros planos de forma en la conciencia humana.

A medida del desarrollo de la Humanidad se reunirán de nuevo los dos sexos en una forma. La reproducción de las especies tendrá lugar por medio de la voluntad espiritual del Hermaphrodita Divino que fecundará su propia matriz, y los hijos nacerán como instrumentos de amor al servicio humano. El cuerpo pituitario es el centro en la forma física que se hará el órgano de esta Voluntad Espiritual, y la energía en la epigénesis física se expresará por los fuegos límpidos y espirituales de Kundalini. El cuerpo tendrá dos sistemas de vértebras espinales, o mejor, dos conductores fuertes para los fuegos de creación, y éstos servirán de soporte a la cabeza que será más grande, asimismo que de canales por los cuales fluyan los eléctricos fuegos de oro.

El despertar de estos fuegos de Kundalini es el gran designio de aquellos que son los precursores de esta nueva raza. Actualmente los canales están ligados y obstruídos y la manera de dirigir estos fuegos en el Ida y Pingala, como se llaman, está muy lejos de nosotros. En efecto, el poder es una cuestión de muchas vidas. Ningún estudiante oculto debe perder de vista este gran hecho. Las potencias espirituales son el resultado de esfuerzos más allá de lo que ordinariamente llamamos esfuerzo, y aunque no podemos esperar resultados inmediatos, podemos empezar desde este mismo momento.

Se nos dice que el despertar de estos fuegos debe ser acompañado de un amor entero y universal por la Humanidad, que el hombre o la mujer en el cual o la cual se despierte, debe ser un amante de la raza humana en su totalidad, que el anhelo y designio y pensamiento e ideal en el corazón y en el ánimo de ese paladín deben estar dirigidos al servicio de los hombres. Solamente entonces pueden despertarse estos fuegos sin grave peligro para el candidato.

En los primeros momentos en que principian a demostrar su

presencia en el conocimiento, son acompañados de un gran número de visiones psíquicas y el desarrollo de los poderes psíquicos. Estas visiones son casi siempre ilusiones, trampas para sorprender a los descuidados y a los que les quedan todavía algunos vestigios de intención personal o ambición. Porque el despertar de estos fuegos es la entrada al Salón de la Sabiduría.

Quiero concluir este artículo con la concepción de que el pensamiento es el precursor de toda expresión física. No os preocupéis de lo físico como ahora se presenta, sino fija vuestra atención al pensamiento y comprended bien que lo que pensáis en estos momentos, eso llegaréis a ser exteriormente. Construid con el pensamiento y la ley se encargará de la expresión exterior.

Así es que el Hermaphrodita, el verdadero Uraniano que he descripto en este artículo, es el precursor de la raza futura. Está formando en sí el sér humano ideal, perfectamente equilibrado, por medio de la absorción en sí mismo o en sí misma de las cualidades de los dos sexos.

El paso primero es el amor y servicio de la Humanidad, y si tomamos este paso, todos los demás pasos en la evolución vendrán de prisa y fácilmente. Pero debe arder esta luz del amor durante toda la noche, pues de otra manera nos perderemos y nos extraviaremos, e iremos vagando hacia fuegos falsos y trochas cuyo fin es la muerte.

Recordemos al mirar la vida sexual de la Humanidad, las palabras de nuestro querido Maestro: «No juzguéis y no seréis juzgados.» La cita que he dado al principio de este artículo es de Lao Tze, quien dijo también: «Hasta que el último hombre »de la raza humana haya atrevesado la puerta de su propia »divinidad, estaré tras él para mostrar el camino, y estaré a su »lado para llevar su carga cuando se haga demasiado pesada »para que él la lleve y progrese.»

(Traducido de *The Path* de Mayo 1911, por D. Osmond).



Bibliografía.

Nombres dioses, por Consuelo Alvarez.—Habana (sin año).

Hoy nos toca reseñar en estas planas la altruista y erudita labor de una señorita que dirige sus esfuerzos a propagar la enseñanza del estudio de las religiones. Así nos habla en su Introducción:

«Al hacer resaltar esta necesidad (la del estudio de las religiones) se dirige principalmente el pequeño libro que expongo a la malsana crítica de tanto estulto *sabio* como abunda en nuestra viña; pero no lo deposito en manos tan pecadoras e inhábiles, sino en las de aquellos que saben pensar, en las de aquellos que razonan con sana lógica y bondad de criterio...

»Y la verdad manifiesta en estas páginas, es:

»Que las religiones todas se fundan en los mismos eternos e invariables principios de amor y de sacrificio.

»Que así las que caen como las que se levantan, deben su establecimiento y auje a los Maestros divinos que aparecen de tiempo en tiempo en la tierra, y a los discípulos que propagan y defienden la doctrina recibida.

»Que es necesario conocer todos los credos religiosos para formar recto juicio y libre y sereno espíritu de crítica, a fin de que desaparezcan los antagonismos, crueles enemigos de la fraternidad, tan encomiada por las religiones.

»Que debemos buscar, en las fuentes de nuestra propia raza (la aria), los manantiales de donde han brotado las aguas que bautizaron los credos existentes y desaparecidos.

»Que la India, por su probada secularidad sobre los demás

pueblos de razas arias y semitas, merece un detenido examen, una investigación completa e imparcial.

»Que ciertas leyes naturales, como la de la evolución del alma y la que descansa en el libre albedrío, resuelven problemas que, de no admitirlas como factores, quedan sin solución.

»Que la historia de los hechos humanos se repite siempre, constantemente, con más o menos tiempo de intervalos, según las necesidades de la evolución en general...

»Y pruebo estos asertos con la opinión de autorizados indianistas; con las propias palabras de los Libros Sagrados; con la inducción que de los hechos conocidos, de los fenómenos observados, hace nuestro raciocinio, hasta descubrir la ley que tales hechos y fenómenos produce.»

Este libro resulta como algo paralelo al de *Los Grandes Iniciados,* de Eduardo Schuré; el uno lleno de inspiración idealista adornado con las galas del poeta; el otro razonado, documentado en todos sus detalles, son obras que se completan y hasta chocan en algunas cosas; Eduardo Schuré escribe para las damas haciendo vibrar sus sentimientos; Consuelo Alvarez escribe para las almas varoniles y razonadoras, haciendo un trabajo de comparación a la par que expositivo. Las dos obras son necesarias para encontrar la idea más pura y libre de los velos con que aparece empañada en las fuentes donde han libado estos dos autores. Sin embargo, ninguna de las dos desmerece en mérito, y es muy de encomiar el carácter estudioso y reflexivo de la señorita Consuelo Alvarez, que ha atesorado tantos e interesantes datos y enseñanzas entre las hojas de su erudito libro.

M. T. V.





Por las Revistas.

«Boletín de Adyar» (Noviembre 1913). *Del Editor.—La Sociedad Teosófica y su valor.* Reproducción de parte de una conferencia dada por A. Besant en Chicago en 1909 a los miembros de la logia, en la que se repasa toda la filiación de los instructores hasta llegar a los fundadores modernos de la sexta sub-raza. En aquellos tiempos esta enseñanza era privada y desde entonces se ha hecho pública, más por la malévola indiscreción de los enemigos de la Sociedad, que por la propaganda de los miembros. Se reproduce para fijar puntos comparativos entre ambas épocas. Hablando del secreto movimiento masónico casi ignorado del público del siglo XVIII, y en el que el Conde Rakoczi y H. P. B. tomaron activa parte bajo las denominaciones de Comte de S. Germain y Père Joseph, recuerda que la intención fué entonces de promover una reforma religiosa y política, pero que las terribles demasías del populacho francés desvirtuó el movimiento dejando amargo recuerdo en el ánimo de los iniciadores. Así cuando fué resuelta la fundación de la Sociedad Teosófica, se insistió en que no había de inmiscuirse en movimientos de reforma política, sino que laboraría sólo con el fin de despertar la conciencia, de edificar el carácter, de levantar la espiritualidad como preparación a los tiempos a los que cupieren cambios sociales fundamentales. Y en la labor de segregación de los que han de constituir el núcleo de la futura raza, como quiera que bajo las actuales condiciones físicas no fuera posible apartar las gentes y segregarlas como se hizo con la raza Arya, se juzgó preferible iniciar la elección desde los primeros días en otra forma; así se hizo al declarar Fraternidad el lema de la Sociedad entera, y así han sido atraídos todos aquellos en los que el ideal de la sexta raza se hallaba en germen. Y en lo sucesivo ha habido varias crisis, tres hasta la fecha, que como terremotos han sacudido para afuera los elementos irresponsivos; así muchas

gentes inadaptables que entorpecían la marcha de la Sociedad, han salido de sí mismo, y la venida de la rub-raza y de la Raza-Raíz ha sido por ello apresurada. (Esta conferencia aparecerá íntegra en el número de Enero de 1914.)

Con referencia a libros, por T. L. Crombie.—La multiplicidad de libros puede considerarse como un bien y puede ser un mal; el valor de un libro depende de su capacidad para hacerle a uno ejercer su inteligencia. Hay libros de lectura clara y de lectura difícil: ambos tienen su objeto. La sencillez de los primeros nos excusa trabajo para que podamos extender nuestras propias indagaciones, y el peligro está en que este punto suele descuidarse, cosa que no ocurre con los libros obscuros que nos obligan a pensar directamente para entenderlos.

Consultorio de estudiantes.—El Señor Maitreya es Instructor de los Angeles y de los hombres. ¿Cómo instruye a los ángeles?—El gobierno del Mundo no se halla limitado al gobierno de la humanidad. Esta es sólo una de las varias evoluciones que se sirven de este planeta. El reino de los ángeles tiene con el humano una relación parecida a la de la humanidad frente a los animales, y somos relativamente pocos comparados á los espíritus de la naturaleza que pueblan la tierra y los mares. Hemos oído hablar del lenguaje por los colores de ciertos ángeles, y también de otros por el sonido. Hay otros medios, y para enseñar a todos ellos hay que usar el medio de su propio ambiente; para los ángeles de orden superior, los medios empleados exceden de nuestro entendimiento. La gran Jerarquía se recluta más en los rangos de la humanidad, que en los de los ángeles, pero es el hecho, no obstante, que el Rey del mundo es el Rey de los ángeles también, y lo mismo ocurre para el Instructor.—Los mundos astral y mental son llamados mundos de efectos; ¿no son también mundos de causas produciendo karma? Esto depende del desarrollo alcanzado; ahí donde la conciencia se halla capaz de mover la materia astral por la actividad mental, o la mental por la búdhica, existen causas producidas. La materia de un plano no se mueve por sí sola y necesita la acción de la materia de un plano superior; el plano donde un ser se queda inconsciente o incapaz de obrar es para él un mundo de efectos en el que no puede crear nuevo karma.

La llamada, por C. A.

Lágrimas mágicas, por Marie Bermond.

El congreso eclesiástico, por G.—Relato.

La senda de la cruz, poema.

Del crepúsculo a la aurora.—Relato de un ingreso en la Sociedad.

«Le Theosophe». Novbre. 1913. *El valor de la ciencia,* por René Schwaller.—Examina cómo la ciencia, tras colosales esfuerzos mentales de sus adeptos, no puede resolver cumplidamente el problema de la constitución de la materia y producción de la energía. Los sabios tienen ojos y no ven, porque las verdades sólo se hacen manifiestas a los humanos a medida que éstos son aptos para recibirlas.

El sello de la Sociedad Teosófica, por Annie Besant.—Traducimos este articulito que se publicará en SOPHÍA.

Fraternidad de cada día, por Matilde Weyer.—Se recomienda como una práctica útil, en estos días en que, por la proximidad de las fiestas de Pascuas, dependientes y comerciantes sufren un exceso de trabajo, no molestarlos con curiosidades y exigencias inútiles, obligándoles a revolver artículos con el solo fin de satisfacer nuestra curiosidad, y ayudarlos a soportar su exceso de trabajo con frases amables y palabras de simpatía.

El Yo según los Madiamikas, por M. Largeris.—Un trabajo expositivo de sus textos, tratando de dilucidar si el yo es algo permanente, substancial o algo heterogéneo, sin existencia.

Un esfuerzo necesario, por Magda Kneir.—Una de las causas del malestar y decadencia sociales es el haberse desviado la mujer de su verdadero camino, como consecuencia del menosprecio en que el hombre la tuvo. Es preciso remediar este mal, haciendo ver cuál es el verdadero papel de cada uno, y enseñando a la mujer para regenerarla, la verdadera esfera de sus actividades.

Trozos epistolares.—Donde se pone de manifiesto la vida miserable de las obreras, explotadas inícuamente por los comerciantes de confecciones.

Aforismos y Analogías Teosóficas, por F. Wittemans.

Ensayo, por M. Langouche.—El alma, huésped que en nos-

otros se alberga, modesta, callada, silenciosa, permanece oculta mientras el tráfago de emociones y cosas siempre nuevas y siempre viejas que nos rodean, absorben nuestra actividad. Cuando solos, aislados de esa baraunda mundial aparece a nuestros ojos, nos dice la divina visitante: «Soy aquella que tanto tiempo buscaste por el mundo, mientras ella te esperaba en tu puerta.»

Sacrificio Ritual, por Mauricio Bégue.—A propósito de la nota de actualidad dada por el proceso que en Rusia tiene lugar con motivo del crimen de un Israelita, se hacen algunas consideraciones acerca de la monstruosidad de los sacrificios ritualistas.

La Iniciación Masónica, por A. Micha.—Con motivo de algunas imputaciones falsas que en esta obra se lanzan contra la Teosofía y los teósofos, al parecer por algunos católicos, más celosos de suscitar discordias, que de fomentar el amor entre los hombres, se hacen algunas consideraciones acerca de la necesidad de deponer antagonismos y odios, dedicándonos cada uno por el procedimiento que estime más adecuado, a acortar las distancias que nos separan de lo divino, tratando además de facilitar el camino a los demás, en vez de dificultárselo.

Estudio: *¿Cómo se debe amar?*, por Magda Kneir.—No debemos, como algunos creen, desterrar todo afecto humano de nuestro corazón. Lo que debemos es no perder el equilibrio en los santos amores a toda la humanidad. No hemos de limitar el efecto a nosotros mismos (egoismo) ni al cariño de los individuos de nuestra familia, ni al amor de nuestra patria. Todos los viejos han de ser nuestros padres, todos los jóvenes nuestros hijos, todos nuestros iguales hermanos nuestros.

Ecos, noticias, publicaciones, etc.

Patria y Humanidad, por Pierre White.—Trabajo en que por curiosa coincidencia (?) se exponen conceptos muy semejantes a los del anterior.

Nuestro próximo folletón.—Informaremos con detalle a nuestros lectores de esta publicación.

Le Theosophe (16 Noviembre 1913) *El valor de la ciencia,* por René S. Chwaller. Se ocupa el autor de la luz, la electricidad y el magnetismo, prometiéndose entrar en sucesivos artículos, en

nuevos detalles y señala el paso lento de la ciencia que sigue en general métodos inductivos en vez de seguir el verdadero procedimiento, que es el deductivo.

Señales de los tiempos.—Se hace ver cómo diferentes centros docentes, oradores, etc., propalan enseñanzas completamente teosóficas, lo que demuestra que estando ellas en el ambiente, son recogidas y asimiladas por entidades que no conocen la Teosofía.

Igualdad, Fraternidad, por Margarita Coppin.—Seamos hermanos, pero no pretendamos ser iguales. La igualdad mal entendida conduce a la desmoralización, pues se pierde el respeto y la estimación a los que en realidad son superiores a nosotros. Seamos hermanos y siempre reconoceremos que nuestros hermanos mayores están más avanzados que nosotros en el camino de la evolución.

La Filosofía de las Catástrofes, por René André.—El sacerdote, el escéptico y el pragmatista, hacen diferentes consideraciones acerca de las catástrofes desde sus especiales puntos de vista. La teosofía enseña que todos ellos tienen razón y agrega algo que no han tenido en cuenta: las grandes catástrofes crean vigorosos pensamientos universales de amor y simpatía que difícilmente podrían producirse de otro modo, al paso que no privan a la humanidad de sus grandes hombres cuando ellos perecen, pues la desaparición momentánea de una personalidad, no supone la destrucción del individuo.

Tres factores del progreso del Ego.—Primero de una serie de artículos en que su autor, Jean Delettres, se propone estudiar la capitalísima importancia que para el progreso del individuo tienen el dibujo, la música y las matemáticas, tan desdeñados e incomprendidos por nuestra actual sociedad.

El antagonismo entre la mujer y la serpiente, por Mauricio Bégue.—Se ocupa principalmente el autor del problema que determina la desproporción entre la cavidad pelviana y el aumento de tamaño de la cabeza de los fetos, por efecto de una mayor evolución.

Páginas para releer, por H. P. Blavatsky, en que se hace observar la identidad de creencias y propósitos entre los antiguos Neo-Platónicos y los modernos teosofistas.

Las líneas de evolución, por E. P.—Se hacen consideraciones acerca de ciertos puntos obscuros que presenta el transformismo de Darwin, que se aclaran completamente a la luz de la Teosofía al mostrar, no una, sino varias líneas de evolución.

Fraternidad en la vida diaria, por Gastón Revel.—Consideraciones acerca de cómo ha de entenderse la verdadera fraternidad que no ha de ser un conjunto de vanas convenciones. Se analizan las condiciones que ha de reunir todo trabajo completamente altruista y el modo de obrar de quien se dedique al servicio de los demás, no descuidando ninguna cosa que pueda parecer insignificante, como el esmero en la confección de un paquete, el empleo de letra clara en la escritura, etc., etc.

Ecos, Noticias, etc.—Se da cuenta en esta sección del viaje a Argelia, realizado por la Srta. Blech, que ha dado hermosas conferencias, dejando entre los Teosofistas argelinos una impresión verdaderamente excepcional.

Servir, por Matilde Weyer.—La autora considera la gran cantidad de ligas, asociaciones, etc., que con fines benéficos se multiplican de día en día. Es preciso no olvidar que se ha de hacer el trabajo sin ningún deseo de ver el fruto ni recoger la recompensa, porque no es difícil acometer o fundar cualquier labor altruista en apariencia, por el solo deseo de sentirse luego alabado por sus buenos resultados, o por el simple gusto de ser jefe o director de algo, careciendo de condiciones para ello.

Carnet de un vegetariano, por J. Morand.—Combate la idea del ridículo que muchos pretenden lanzar sobre los vegetarianos haciendo ver que son varias las razones poderosas que abonan este régimen, y que los que adoptan este sistema lo hacen obedeciendo a criterios a veces completamente distintos.

Labor de abejas, por G. Fischbacher.—Así como las abejas liban el jugo de diversas flores para tomar de cada uno los necesarios principios para la elaboración de la miel, el autor se propone publicar en esta sección trozos elegidos e ideas de las diferentes obras y trabajos que lea, con objeto de poblar la mente de los lectores del *Theosophe* de buenos pensamientos; comienza la serie con un interesante trabajo tomado del *Journal d'Amiel*.

Le Theosophe (1.° Diciembre 1913) *Las Evidencias primordiales*, por Th. M.— Continúa el autor su interesante e ingenioso trabajo acerca del simbolismo filosófico de los números.

El valor de la ciencia, por René Schwaller.—También continuación de un trabajo en que el autor pone de manifiesto la insuficiencia científica para explicar satisfactoriamente los fenómenos, ocupándose en este artículo de la luz, el calor y la radioactividad, para terminar con la afirmación de H. P. B. de que la ciencia no es sino una clasificación de cierto número de hechos observados.

Señales de los tiempos.—Trabajos tomados de diferentes periódicos, en que se exponen teorías y experiencias acerca de la transmutación de substancias (alquimia), de la existencia en los animales de cualidades elevadísimas (amor, desinterés, constancia, etc.), y de la realidad de la Atlántida, conformes con las enseñanzas teosóficas.

Un discurso memorable, por René André.—El autor comenta y considera la excepcional importancia que tiene el discurso que Sir Oliver Lodge, uno de los más prestigiosos sabios del mundo, ha pronunciado en Birmingham, presidiendo el último Congreso de la «British Asociation». De tal discurso son estas palabras: «Si he de ser justo con mis colaboradores y conmigo mismo, corro el riesgo de desagradar al auditorio con mis declaraciones. No solamente estamos convencidos de que ciertos hechos considerados hasta el presente como de naturaleza oculta, pueden ser objeto de un estudio y una clasificación ordenados, por el empleo perseverante y paciente de los métodos científicos, sino que además, como consecuencia de las observaciones hechas, tengo la certidumbre de que la memoria y el sentimiento existen, sin estar necesariamente asociadas a la materia, de la que necesitan para manifestarse aquí abajo, y de que la personalidad persiste después de la muerte del cuerpo. Los testimonios que hemos recogido prueban, a mi ver, que en ciertas condiciones la inteligencia desencarnada puede actuar materialmente sobre nosotros. Entra, por consiguiente, indirectamente en el dominio del conocimiento científico. Esperamos poder llegar, poco a poco, a comprender algo las condiciones de una más amplia vida que la nuestra, vida tal vez etérea, y de descubrir las leyes que regulan las relaciones suyas con nosotros a través de lo desconoci-

do. Un grupo de investigadores ha puesto ya el pie en las costas peligrosas, pero fecundas en promesas, de un continente nuevo. Sí; aún tengo más que decir. El método científico, nuestro peculiar método, no es el único camino que conduce a la verdad. *Uno itinere non potest perveniri ad tam grande secretum.*»

Tres factores del progreso del Ego, por Jean Delettres.—Continúa el claro y profundo razonamiento acerca de la importancia que estos tres factores (dibujo, música y matemáticas), tienen en su más elevado sentido en el progreso del ego, ya que ellos nos sirven para hacer ver la multiplicidad divergente de las formas (dibujo), las concordancias armónicas de éstas y la vida (música) y la síntesis de ambas (forma y vida) en la unidad suprema, principio y fin (matemáticas).

Una religión esperitual, por M. Gargeris.—Señalando las grandes concordancias entre la Teosofía y el Antonismo, que al parecer sólo pretende espiritualizar la enseñanza de Cristo, sumida en el más grosero materialismo.

Un ejemplo excelente, por M. L.—Un aplauso a M. Poincaré que se ha excusado humanitariamente de asistir en nuestro país a las corridas de toros y cacerías que el protocolo había organizado en su honor. Privar de la vida a seres que sufren, por pura diversión. ¡Qué grandeza de alma!

Adéle Kamn.—Se da noticia de esta obra, cuyo autor es Paul Seippel, en que se narra la vida de la protagonista, enferma desde los veinte años, para quien la dolencia fué motivo de santa alegría y fuente de considerable progreso.

¿Somos libres?, por F. Wittemans.—El autor, contestando a una persona que se apoya en algunas citas del nuevo testamento para negar la libertad humana, defiende ésta fundándose también en otras citas de la misma procedencia.

Páginas para releer, por Annie Besant.—Traduciremos este trabajito para los lectores de SOPHÍA.

La música hinda en la S. T. francesa.—Se da cuenta de una conferencia acerca de la música hinda dada por Edmond Bailly, ilustrada (valga la palabra) por la cantadora y tocadora de *vina* Tamul, Mme. Sihamoni.

Ecos, noticias, publicaciones, etc.

¿Dónde debe darse la enseñanza religiosa?, por Valentine André.—Estudiando con verdadera lucidez este asunto, la autora demuestra, a nuestro parecer de modo incontestable, que la educación religiosa sólo puede y debe darse en la familia y en la Iglesia, y de ningún modo en la escuela como muchos pretenden.

Estudio: la Sinceridad, por Magda Kneir.—En que se preconiza la necesidad de ser veraces y sinceros, para vivir la verdadera vida.

Bibliografía.



Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27. Madrid.